

**EN ESTE NUMERO:**

- **CRISIS EN LOS SEMINARIOS**, por José M.<sup>a</sup> Alonso Rico (pp. 9-10).
- **LA LITURGIA, ¿SIGNO DE DIOS O DE LOS TIEMPOS?**, por fray Pedro Fernández, O. P. (pp. 13-16).
- **EL SACERDOTE Y LO HUMANO**, por Fernando Guillén Preckler (páginas 21-22).

## editorial

# NUESTRA CAPITANÍA

EL eco, insospechado, que nuestro editorial anterior encontró no puede ocultarnos que, aunque no injusto, era al menos parcial a la hora de echar de menos una efectiva capitanía episcopal. Porque no se señalaba allí otra pérdida, no menor, de capitanía que hemos experimentado: la de la nuestra.

Fue siempre el sacerdote animador y guía. En su consejo se podía confiar a la hora de responder a una posible vocación sacerdotal o religiosa, que muy verosímilmente él mismo había sembrado y promovido. A él correspondía decir la palabra exacta, firme profesión de fe, a la hora en que el dolor o la muerte visitaba un hogar. El era el suscitador de iniciativas en el campo del apostolado, de la caridad y hasta en otros muchos (¿quién podría contar hoy en España los miles de cooperativas rurales, de mejoras agrarias, de talleres artesanales que se debieron a iniciativas de párrocos rurales?). No resultaba raro incluso que el mismo espíritu de riesgo, cada vez más raro en la sociedad que iba aburguesándose se refugiara en las filas eclesíásticas y diera tipos impávidos ante las dificultades, esa generación de gigantes que llamamos misioneros. Seguro en lo ideológico, equilibrado en las decisiones, firme en criterios evangélicos, el sacerdote se sentía llamado a ejercitar una capitanía.

No todo en ella era indiscutible, ni mucho menos. No faltaban ocasiones en que eso daba lugar a un clericalismo de mala ley. Ni se podría dejar de señalar muchas veces esa capitanía como un efecto, si es que no causa, del infantilismo de los seglares que le rodeaban. Salta a la vista lo que de humillante paternalismo pudiera haber en más de una coyuntura. Ni, sobre todo, puede olvidarse que en ocasiones el sacerdote veía ese su caudillaje más como un ideal que tenía que alcanzar que como una realidad verdaderamente lograda. Era una realidad imperfecta, con limitaciones, pero claramente percibida y afanosamente deseada. El sacerdote sabía lo que tenía que hacer. Y lo demostraba. Su paso por un hospital o una cárcel, la huella que dejaba junto al lecho de un enfermo crónico o en una familia atribulada era de esperanza, de conformidad, de fe vivida. Cuando uno de ellos lograba proyectarse con intensidad en el ambiente, como un Cardijn, los demás percibíamos que su seguridad y su irradiación eran algo nuestro, puesto de manifiesto en él con particular fuerza, pero común a todos nosotros.

Esa capitanía, necesitada de depuración, perfectible siempre, pero radicalmente hermosa y atractiva, nos la

estamos dejando arrebatar. ¡Quién lo diría! Tanto hemos hablado y estamos hablando de nuestra propia crisis que ya nos la estamos creyendo y nuestros tipos más representativos no son las personalidades fuertes que antaño nos entusiasmaban, sino los vacilantes y perplejos, los ácidos y corrosivos, cuando no los tarados síquicamente. ¿Quién habría podido pensar que un pobre fraile, rebotado de varios sitios, visionario, cliente de sicoanalistas, iba a merecer unas páginas en una de las más prestigiosas revistas intelectuales españolas, reflejo de la admiración que había llegado a causar en nuestros ambientes clericales? Y si de esto pasásemos al campo opuesto: ¿Quién hubiera podido sospechar que un grupo de gentes con antecedentes siquiátricos la mayoría pudiese llegar a sacar durante mucho tiempo una revista con fuerte eco en la mentalidad de no pocos sacerdotes? Un gusto enfermizo por lo defectuoso, un temor paralizante a la acción, un conformismo que aún cuando se hace anticonformista no resulta menos uniforme y apagado, un afán de crítica a ultranza que hace perder el gusto y la seguridad... vienen haciendo riza en nuestras filas. El diagnóstico no es nuestro. Acaba de hacerlo el Prefecto de la Congregación para el clero, cardenal Wright, casi en estos términos, y no es ajeno a las palabras bien recientes que el Papa Paulo VI ha dedicado al tema. A las mismas páginas de la Prensa de varios países ha saltado la pregunta de por qué el clero actual se está transformando en un conjunto de acomplejados, sin fe en sus propias funciones, vacilantes en su orientación y consiguientemente irresolutos en sus actuaciones.

Urge recobrar una capitanía que nos corresponde. No para caer en un conservadurismo que nos haría perderla inmediatamente, sino para poner por obra la línea, atractiva si hay alguna, que trazó el Concilio. Seguir con perplejidades, sembrando desconcierto en nuestro derredor, es frustrar el fruto más lógico y esperado de la gran Asamblea: se nos prometía una primavera y no un triste otoño. Tengamos conciencia de que no podemos confiar lo mejor que tenemos a desorientados o irresolutos. Cobremos conciencia de que el Concilio no es interrogación, sino programa. Y actuemos en consecuencia. No es justo acusar la falta de una capitanía episcopal cuando dejamos perder la parte de esta capitanía que ante el pueblo cristiano nos corresponde.